

Significado del Pacífico en el desarrollo histórico internacional

Dr. Lothar Knauth M.*

La Región del Pacífico, que parece haberse vuelto recientemente un concepto de moda, es —como todas las regiones de mundo— producto de un largo proceso de formación. Aunque esto nos puede llevar hasta sus procesos de sedimentación geológica, me limitaré a señalar algunas observaciones en cuanto al trasfondo histórico y a su papel actual para luego arriesgar algunos comentarios acerca de posibles perspectivas en años venideros.

El concepto del Océano Pacífico como un “Mediterráneo del futuro” no es de reciente creación. A mediados del siglo pasado, Karl Marx, impresionado por las riquezas auríferas que se estaban encontrando en California y Australia, predijo el eventual enlace y lo relacionó con la revolución en las comunicaciones, cuyo incremento en rapidez vaticinaba, aunque obviamente no podía imaginar un viaje a Calcuta desde los Estados Unidos en jet o la transmisión de datos cibernéticos por satélite extraterrestre entre Japón y México¹.

Ya que situarse en el tiempo, pero especialmente en el espacio, debería convertirse en una de las capacidades básicas de cualquier practicante de las ciencias sociales, es dable empezar con ciertos datos geográficos. El Océano Pacífico es el más grande de los mares y como todos ellos se han convertido de una barrera, en una vía de comunicación. Articula al Este y Sureste de Asia, que contienen más de la cuarta parte de la población humana con los litorales occidentales del continente americano, cuyos países desde el Estrecho de Bering hasta la tierra del Fuego tenían en 1980

otros 520,000,000 de habitantes. La zona incluye además, a la Oceanía, entonces con 22,000,000 de habitantes que abarca Australia como continente, y Nueva Guinea y Nueva Zelandia como islas considerables, para luego dar lugar a varias “insulandias”, designadas con el sufijo *nesia* (—del gobierno *nesos*, significado “isla”—). De hecho, la región se conecta aún con el Mar de Bengala y el Océano Índico por medio de *Indonesia*. Esto, en su extremo oriental, contiene como provincia a Irian Occidental o bien la mitad de Nueva Guinea, que forma parte de *Melanesia*, la “Insulandia de Negros”, aquellos pueblos de tez negra y cabello crespo, son también población aborigen del continente australiano. Su límite oriental se encuentra aproximadamente a los 180° de longitud y al este de la Nueva Zelandia, cerca de la llamada “línea de fecha internacional” que al cruzarla le hace perder o ganar 24 horas.

Al norte de Melanesia, y al sur del archipiélago japonés, se ubica la región conocida como *Micronesia*, o la “Insulandia Pequeña” que se comunica con la Nueva Guinea, las Filipinas y el Japón, además del resto de Oceanía.

Al oriente de estas dos regiones, está el territorio conocido como *Polinesia*, o la “Insulandia Multitudinaria”. Esta alcanza desde las islas Midway y Hawaii —por cierto, importantes bases navales norteamericanas— en el norte hasta las islas de Pascua, territorio chileno, en el sur; ambos archipiélagos se encuentran en las periferias del continente americano.

La mayoría de las islas, especialmente de Polinesia, son de más reciente población que la de las Américas y su ocupación ha seguido la dirección de nuestro relato, es decir, del oeste al este. Hacemos hincapié en que el poblamiento de Polinesia hace menos de mil años, con pueblos procedentes del mundo asiático, que utilizaban una tecnología naval incipiente, pero que conocían

* Profesor del Centro de Relaciones Internacionales.

¹ Véase *Werke*, VII, pp. 220-221, reproduciendo el número de febrero de 1850 de la *Neue Rheinische Zeitung* y la carta a Wedemeyer del 25 de marzo de 1852 en *Werke* XXVIII p. 510, citados en *Marx/Engels: China ¿Fosil viviente o transmisor revolucionario?*, estudio preliminar, compilación y notas: Lothar Knauth, México 1975, p. 21.

avanzados conceptos de navegación, constituye una de las más importantes, y casi increíbles, hazañas de los anales de la navegación en altamar. Por lo menos, antes de los viajes y expansiones transoceánicas de los ibéricos en los siglos XV y XVI.

Es del todo posible que esas migraciones polinesias hayan contribuido —esporádicamente— con elementos étnicos a la formación del patrón poblacional de nuestro “nuevo continente”. Hablando de él, es importante darnos cuenta que las Américas no son “nuevas” sólo por la relativamente reciente incorporación de la naciente visión de un mundo entero por los expansionistas europeos, sino que son “jóvenes” también en cuanto a su poblamiento, hace milenios, frente a la mucha más antigua formación del complejo demográfico del continente euro-asiático-africano y aún de Australia.

Comparadas con el poblamiento marítimo de Polinesia, las migraciones que dieron origen a los pueblos autóctonos americanos, tras una migración por lo que eventualmente se llamaría el Estrecho de Bering —‘descubierto’ (por los europeos) sólo a principios del siglo XVIII— que constituyen una continuidad demográfica con el Noreste de Asia, son de mucho más antigüedad y se remontan a aproximadamente 15 a 20 mil años.

Si tomamos la perspectiva larga —que es la única científicamente aceptable— llegamos a la conclusión que todos somos, de una forma u otra, emigrantes e inmigrantes y no existe pueblo en el mundo cuyos lejanos ancestros se hubiesen asentado en el mismo lugar que hoy ocupan. Este hecho tiene especial validez para la Cuenca del Pacífico, y aunque John Maynard Keynes insistió en que “a largo plazo todos estaremos muertos”, quisiera enfatizar la visión a largo plazo que hace resaltar la relatividad de tiempo y espacio, y que se convierte en importante medio para la comprensión de los procesos humanos y, por lo tanto, históricos.

Hasta aquí hemos hablado de “pueblos primitivos” en las insulandias y en las Américas que todavía no entraban en un estado de desarrollo —ambos conceptos productos de consideraciones europeas en el siglo XIX— y que en sus actividades productoras no superaban la pesca y los procesos agropecuarios incipientes. Pero aún antes de que llegasen los expansionistas europeos a la Cuenca del Pacífico, existían ya en sus litorales asiáticos y americanos “pueblos civilizados” o por lo menos, “gente política” con formas relativamente desarrolladas de organización social, política y económica. De hecho varias “cunas de alta cultura”, en sus manifestaciones periféricas, habían ocupado los litorales del Pacífico.

Hace milenios se había formado la cuna de la

cultura china en las cuencas del Juangjo y del Changdyiang (O Yangdsedyiang) en los extremos orientales del continente euroasiático. Aunque básicamente orientada hacia una agricultura intensiva con considerables proyectos hidráulicos, en sus litorales sobre los mares del Este y Sur de China —y en Corea y Japón, sus variantes periféricas—, se habían producido amplias actividades de pesca y navegación. Desde tiempo atrás utilizaban brújula para orientarse en alta mar. Además, perduraba una relación simbiótica con los pueblos malayos, de los archipiélagos de Filipinas e Indonesia, considerados marítimos por excelencia.

En el otro extremo, en el litoral oriental de la Cuenca del Pacífico en las Américas, tanto entre la cultura mesoamericana con su cuna en el Rincón del Golfo, como la del norte de Perú, se había desarrollado también una navegación costera.

En este ambiente va a irrumpir, a principios del siglo XVI, la expansión ibérica. Es punta de lanza en una temprana utilización de la consolidación del estado nacional y de la intensificación de las convicciones religioso-ideológicas. Utiliza elementos tecnológicos apropiados del mundo no-europeo, entre ellos la brújula, inventada por los chinos y transmitida a Europa por los musulmanes.

El hombre que dio el nombre al Gran Océano y lo incorporó a la conciencia europea por un proyecto de circunnavegación del mundo rumbo al poniente, fue un portugués al servicio de la corona española que años antes, al buscar las islas de especiería, yendo hacia el oriente, se había asomado al mundo melanesio, Fernão Magalhaes, y su compañero español Sebastián Elcano —quien consumó la hazaña después de la muerte del primero en Filipinas— fueron impulsados por el afán de descubrir nuevas rutas para la explotación comercial de las especies. Desde la península ibérica tomaron dirección al continente americano, ruta hacia el occidente por la cual, escasos veintisiete años antes, Cristóbal Colón había transformado el Océano Atlántico de barrera en enlace.

El 28 de noviembre de 1520 la expedición por fin encontró en el extremo sur del Nuevo Continente el pasaje hacia el occidente al “Mar del Sur” del cual Vasco Núñez de Balboa había tomado “posesión” en la costa occidental del Istmo de Panamá unos siete años antes. Una vez pasado el “Estrecho de Magallanes” después del tormentoso Atlántico, el nuevo mar pareció verdaderamente “Pacífico”.

Coincidiendo con la circunnavegación de Magallanes-Elcano, Hernán Cortés estaba conquistando el imperio azteca y, una vez establecido su dominio en el litoral del Pacífico, mandó a sus tenientes en la búsqueda de rutas hacia la especiería. Al atrevimiento de Cortés seguiría la avaricia del

estado español y, después de descubierto el tornoviaje por Legaspi en 1565, el vínculo Acapulco-Manila convertirá el Pacífico por siglos en el *Hispanis Mare Pacificum*, o el "Lago Español". No sólo ligará las Filipinas a la Nueva España, sino al convertir el peso de plata en moneda universal y respetada del Este de Asia, la fuga de este metal americano conducirá a una oferta de mercancías de China y Japón en los mercados americanos y europeos.

En las últimas décadas del siglo XVI, también por el Estrecho de Magailanes, entraron los enemigos de España y sus competidores en la carrera de expansión: Francis Drake y Thomas Cavendish fueron los primeros ingleses en violar la virginidad del monopolio castellano y para 1600 los primeros holandeses, con su piloto inglés, Will Adams, llegaron por esta ruta al Japón.

A principios del siglo XVII van a seguir nuevas exploraciones españolas y holandesas en el Pacífico, pero intentos de vincular el Perú con las Filipinas fracasan² porque las autoridades españolas empiezan a valorar más el control de las acciones humanas, que su liberación en pos del encuentro de nuevos universos. De esta manera, al aumentar la decadencia del imperio de los Habsburgos, la iniciativa pasará a otros expansionistas más dinámicos. En primer lugar están los Países Bajos, que habían transformado una guerra de liberación nacional contra el dominio español en un proceso de revolución burguesa que valoraba tanto la libertad de cultos como el afán de lucro. Este proceso iba a convertir el siglo XVII, también en la Cuenca del Pacífico en el "siglo holandés".

Mientras tanto, se habían dado los tempranos intentos de relacionar el Japón con la Nueva España. Estos fracasaron porque las autoridades respectivas consideraban más importante la defensa de sus litorales que las posibilidades de ampliación de los contactos transpacíficos.³

Existía todavía otro expansionista europeo que en la cuarta década del siglo XVII se convertirá en un nuevo interlocutor en los asuntos del Pacífico: Rusia, en formación nacional incipiente, con el núcleo en el gran Ducado de Moscovia, con sus avanzadas de tramperos cosacos, llegó al Mar de Ojotsk al norte del archipiélago japonés.⁴

Con ello se concluyó la primera fase de una de las grandes expansiones terrestres por el hemisferio norte que por fin establecerían la hegemonía de los superpoderes de nuestros días: a la rusa en dirección oriental, seguiría la angloamericana en rumbo opuesto, iniciada en 1620 por el desembarco de los puritanos, los padres peregrinos en la costa del Massachussets. Ambas se encontrarían por fin, a fines del siglo XVIII en la cuenca norte del Pacífico. Ahora bien, el primer intento de determinar la relación entre Asia y América en la cuenca norte, durante la primera mitad del siglo XVIII, lo emprenderá Vitus Bering, danés al servicio del estado ruso, que dio su nombre también al estrecho cuyos sucesores trataron de entrar también en contacto con Japón cercado por su propia legislación.⁵

Durante el resto del siglo, la expansión rusa hacia las regiones del Pacífico se consolidaría —en su último año— con la formación de una compañía ruso-americana que iba a declarar Alaska y el norte de California territorios colonizables. No obstante, en general, este siglo es de competencia anglo-francesa y por "francés" se entiende en este caso en primer lugar, la hegemonía y las prerrogativas de la monarquía absolutista y el despotismo ilustrado de los borbones que desde principios de siglo, encabezaron también el imperio hispánico. Por "inglés" vale el patrón de una monarquía amaestrada, donde el vínculo contractual se había convertido en pauta principal tanto en las transacciones económicas, como en las políticas y sociales; y su utilidad determinaba el valor de las instituciones. Al mismo tiempo, el XVIII es también, el siglo de la ilustración y de una incipiente exploración científica.

Las actividades de exploración marítima preponderantes, son de la armada británica, ya que constituyen un producto lateral, pero formidable del proceso de consolidación de una de las naciones modernas, acto seguido a la consumación de su Revolución Gloriosa de 1688. Las primeras incursiones a la Cuenca del Pacífico en esta época, se dan por las exploraciones de Dampier en Australia en 1699, pero especialmente por la circunnavegación del almirante Anson entre 1740 y 1744, que probaría tanto las defensas del imperio

² Sobre los intentos de un Juan Solís en 1592, véase J.L. Alvarez Taladriz, "Dos notas sobre la Embajada del Padre Juan Cobo", *Monumenta Nipponica*, III: pp. 657-664.

³ *Dai Nijon Shiryō*, XII-12, p. 406, citado en Knauth, *Confrontación transpacífica*, México, 1972, pp. 215-216.

⁴ Las avanzadas llegaron en 1637; véase John K. Fairbank et. al., *East Asia: The Modern Transformation*, Boston 1965, pp. 43-52.

⁵ Para un relato comprensivo a base de la bibliografía rusa, ver: David J. Dallin, *The rise of Russia in Asia*, New Haven 1949.

español como las condiciones de las posesiones holandesas. Durante la Guerra de Siete Años (1756-63) ocurre una ocupación inglesa de Manila en 1762, pero las exploraciones definidas del Pacífico Sur se darán en los primeros dos de los tres viajes de James Cook entre 1768 y 1779. Del lado francés tuvieron su paralelo en los antecedentes de Bougainville (1767-69) y las subsecuentes hazañas de La Perouse (1785-88). En el mundo hispánico se dieron sólo tibios intentos de exploración y poblamiento desde el Callao en Perú y San Blas en la Nueva España.

Serían los últimos años del siglo XVIII en que la presencia inglesa se establece definitivamente en la Cuenca del Pacífico, aprovechando en parte el vacío de poder ultramarino dejado por los procesos de la Revolución Francesa y especialmente después de que, a principios de 1788, Australia se había convertido en colonia de prisioneros desterrados y el Estado Español había cedido a Nutka en el noroeste americano a la Gran Bretaña.

No obstante con el resurgimiento del espíritu expansionista francés, durante el siglo XIX, en el periodo de los dos imperios napoleónicos, la presencia francesa también iba a resucitar señaladamente después de la anexión de las Marquesas en 1842.

Estos movimientos se entroncan ya con los procesos de la Revolución Industrial y la capacidad expansionista del moderno estado-nación, que era uno de sus productos, que paulatinamente estaba extendiéndose, redundarán en una reestructuración del espacio geográfico de la Cuenca del Pacífico que, de acuerdo con los intereses de los expansionistas, convertirá un espacio originalmente reservado para prácticas monopolistas en recinto de "libre competencia"; en primer lugar, por el botín colonial. De esta manera los habitantes originales son exterminados, cazados para el trabajo forzado o se vuelven ejemplos de una vida y un comportamiento "primitivos", para ser explorado por los antropólogos.

En el Pacífico Norte, por considerable tiempo, la competencia había sido muy reñida entre novohispanos, rusos y británicos, riña a la cual se asociaron desde fines del siglo XVIII, los recientemente independizados estadounidenses. Medio siglo después de la Unión Americana, por medio de su expansión territorial a costa de un México —también "independiente" pero carente de un proyecto de consolidación viable— se convierte en poder trascontinental.

Cuando subsecuentemente el gobierno de Washington manda al Comandante Perry para abrir Japón —país que insistía en el control contundente y sin cortapisas de su territorio nacional—, lleva consigo varios libros sobre la guerra con México. Los japoneses en su sed de informa-

ción estratégica los leyeron y se proveyeron de contrargumentos importantes cuando los norteamericanos insistieron en la bondad de sus intenciones y en la falta del uso de la fuerza en sus relaciones con otros países.

A partir de 1868, el Japón ya metido en esta nueva red de relaciones transpacíficas, opta por la transición de un feudalismo centralizado, isleño y hermético, a un moderno Estado-nación expansionista; nuevo actor también en las expansiones hacia el Pacífico Sur, en compañía de Alemania y Estados Unidos. Parece un corolario totalmente plausible que las estratégicas islas de Hawai, entre las más recientes por haberse descubierto en el norte de la Cuenca del Pacífico, iban a convertirse en punto de choque entre expansionistas norteamericanos y japoneses, después de haber sido objeto de controversias también con rusos, ingleses y franceses.

La anexión de Hawaii por Estados Unidos en 1898, coincidirá con la adquisición de Filipinas y Guam como botín de la Guerra Hispanonorteamericana. Desde luego, como en Centroamérica y el Caribe, el imperio norteamericano en el Pacífico se edificará sobre los restos del imperio español.

El auge del imperialismo estadounidense encuentra su paralelo en las actividades expansionistas alemanas —por fin efímeras— en la región y coincide con el proyecto japonés de una *Tesis de la Expansión hacia el Sur* que comprende tanto planes de adquisición territorial como programas de migración. A pesar de su nombre, no limita su radiación hacia Oceanía y el Sureste Asiático, sino incluye también planes para el continente americano.⁶

Mientras los desenlaces de la Primera Guerra Mundial otorgaron los territorios colonizados por Alemania como botín al Japón, Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos, el subsecuente auge del ultra-nacionalismo y militarismo japonés convirtió la Cuenca del Pacífico en uno de los escenarios principales de la Segunda Guerra Mundial que en japonés, por cierto, lleva el nombre de *Gran Guerra del Pacífico*. En su curso, las fáciles victorias de su primera fase condujeron a la sugerencia, por ciertos intelectuales japoneses de cambiar el nombre del Pacífico a *Gran Mar del Japón (Dai Nipponkai)*, aunque el antecedente de la hegemonía que alguna vez orgullosamente lo había llamado *Hispanis Mare Pacificum* no era alentadora. Después de todo, espacios políticos, sociales, económicos y militares como la Cuenca del Pacífico son utilizables sólo a base de un inven-

⁶ Véase Yano Toru, *Nijon no Nanshin shikan* (La visión histórica de la Expansión hacia el Sur en el Japón), Tokio 1979.

tario de sus potenciales y transformables a partir del conocimiento profundo de sus elementos constituyentes —y la etiqueta nunca garantiza el contenido—.

Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la Cuenca del Pacífico, como el resto del mundo, ha sufrido grandes transmutaciones. Antiguos territorios coloniales se convirtieron en nuevos estados con diferentes grados de independencia económica y política. Otros todavía son recintos para pruebas atómicas de Francia, como lo había sido el atolón de Bikini para los norteamericanos. Existen movimientos para rehabilitar los pobladores originales, los pocos que sobrevivieron a los estragos de la colonización euroamericana.

El Japón resurgió y promueve su propio proyecto circumpacífico. La República Popular de China toma los primeros pasos cuidadosos para participar en la reestructuración del espacio estratégico. Pero sobre todo, existe la sombra de los intereses de los dos superpoderes, ambos de larga trayectoria con ambiciones hegemónicas especialmente en el norte de la Cuenca, pero también con proyectos para la parte sur para aprovechar para sí mismo o negar al otro, el uso de esta región estratégica.

Los Estados hispano-americanos con litorales en el Pacífico todavía carecen de proyectos definidos, producto en gran parte de la ignorancia acerca de antecedentes históricos y la falta de discusiones públicas inteligentes de las potencialidades y alternativas.

Consideramos que para un país latinoamericano como México, el elemento determinante en cualquier discusión de la viabilidad de un "Proyecto de la Cuenca del Pacífico" debe ser la posibilidad de hacerlo coincidir con un proyecto nacional general que, tomando en cuenta su específica trayectoria histórica, y las de la región, considerará la propia situación estratégica y sus recursos naturales no como un don o un golpe de suerte, fácilmente explotable, sino que estos deben constituir un punto de partida para incorporarse a los procesos de la Revolución Industrial que sigue transformando las reglas del juego internacional.

Esto se inscribe todavía en otra consideración: surge la pregunta si el proyecto, o los proyectos de la Cuenca del Pacífico, como han sido formulados hasta el momento, llevarán a la comunidad de sus habitantes a una comunicación de beneficio mutuo, sin explotación irracional ni excesiva de cualquiera de sus recursos, o si beneficiarían en primer lugar a los países de alto grado de desarrollo industrial, con intereses bien definidos. Las estrategias desarrolladas a partir de esta pregunta, decidirían si en el futuro el nombre de la Cuenca

se refiere sólo a su aparente tranquilidad de las olas, o si existen bases para establecer una zona de paz en vez de formar un recinto de continuos conflictos.

Sería deseable que una de las últimas regiones invadidas y pobladas por las naciones que fueron impulsadas por novedosas formulaciones de sus prioridades y los excedentes del proceso industrial, se convirtiese en un espacio innovador para nuevas formas de convivencia internacional en el siglo XXI.